



# SOLO UNA VOZ

CARLOS  
VÁSQUEZ

El timbre de una voz, los ademanes, el ritmo, la respiración. Esos rasgos se concentran y se ofrecen cuando alguien habla a otro. Si ese gesto lleva además sabiduría puede decirse que se forma a partir de ahí una personalidad, una persona entera y lo que dice, lo que da, lo que comparte.

La palabra presente no se compara con nada. Ella es presencia, acto, acontecimiento. Si el que habla es además un lector, entrega otras voces, esas que duermen en los libros que ama. Con su voz les da impulso, las pone en movimiento. Activa un pensamiento, unas vivencias tan singulares que uno no termina de agradecer a esa voz, rebosante de ecos.

Se trata de una voz que traza su pensamiento en el aire. Deposita las palabras en esa misteriosa abertura, para que se vayan y fluyan y viajen. Todo allí se vuelve oídos. El silencio se llena de grietas y entonces las palabras navegan, buscan, se incrustan en escuchas y dejos. El misterio de las voces es uno de los regalos más preciosos. Escuchar es una fiesta de almas.

Se comprende, no sin nostalgia, que haya seres que al descubrir su inteligencia acústica renuncien casi a escribir. Hablando realizan el encuentro con la verdad, su verdad, la voz es lo más extraño, como la verdad irrumpe, salta sobre nosotros. Entonces entrega sin ninguna restricción su intenso tesoro.

Seres así, Estanislao Zuleta es en nuestro mundo un ejemplo cabal, son conversadores, oidores, receptores, transmisores. Creen que la cadena fraterna que se forma con los sonidos puede llegar a ser indestructible.

Pensando en él me inclino a creer que la voz es el signo de nuestra inmortalidad. Una voz nunca se olvida. Envejecemos, nos aquietamos, pero lo que una vez escuchamos de veras no se pierde nunca, es como la caparazón de nuestro ser que nos aparta de la caducidad y la muerte.

Estanislao Zuleta fue un conversador infatigable. Parecía no agotarse nunca, su voz lo provocaba, el silencio era para él su casa. Entraba en el silencio que los otros le regalaban. Su paso no era allí victorioso o envanecido. Firme más bien pero a la vez vacilante. Sus reflexiones daban vueltas, se iban familiarizando con el silencio paciente. Y empezaba a brotar, como una sustancia desnuda, la originalidad, el aporte, el salto de la certeza a la duda.

Lo que venía entonces era la sensación de que no iba a terminar nunca. Uno se sentía embrujado, ese silencio se podía tocar, las palabras del silencio levitaban ante la mirada. Esos sonidos parecían venir de muy lejos pero no se sentían fatigados. Eran entonaciones frescas, su signo era la sencillez de la dificultad. Palabras justas para pensamientos abiertos, modulaciones riesgosas para ideas provisionales. Como si una pregunta, una sola, se extendiera como una nube prodigiosa y diera a ver la luz que estaba al otro lado, nunca estrepitosa o cegadora.

Una especie de luz de caverna. Nada inclemente o quemante. Una luz benigna, una media luz de conciencia. Esa luz que permite dar unos pasos, y vagar y volver. Una luz enternecida y amorosa. En esa luz se entraba y se hallaban allí frases y párrafos

y obras. Sin ser nunca arrogante esa luz dejaba presentir a los más grandes. Los pensadores y escritores, los pensamientos y escrituras. Que llevados por una respiración austera y paciente, palpitaban entre los oyentes durante horas.

Uno iba luego a los libros. Se juntaba con ellos en la paciencia infinita de las manos. Y uno viajaba solo. La voz de Estanislao Zuleta no se interponía, ella era también paciente y retraída. Estaba allí no para imponerse sino para acompañar, ofrecía de pronto un matiz, abría una puerta porque cada lectura viajaba sola. No creo que pensase en ser un maestro. Sabía que el valor de leer era el de descubrir la soledad y entrar en ella.

Creo que Estanislao Zuleta sabía que la soledad es la madre del espíritu. Cuando hablaba ante muchos estaba solo, el silencio era el manto de esa soledad, ante los otros parecía no tener ya miedo. Ese miedo tremendo que da pensar, que es como entrar dos veces en la soledad.

Como si nos dijera: estoy aquí, este es mi lugar y estoy inmensamente separado de ustedes. No sé quién soy, no les conozco. Presiento que hay un hilo, tendido entre ustedes y yo, ese hilo se extiende tenso sobre un abismo. Doy mi primer paso ante ustedes, en medio de este vacío, en lo más peligroso de él nos encontraremos. Ni ustedes ni yo sabemos cuánto riesgo lleva consigo una vida.

Encontrarse en la mitad, aplazar la caída, maravillarse ante la voz que escucha y la palabra que no dice nada. Conversar al fin para aplazar, si no vencer, la estupidez de la muerte. ■

---

*Carlos Vásquez* (Colombia)

Poeta, ensayista, traductor y profesor universitario. Ha publicado, entre otros, los libros de poesía *Anónimos* (1990), *Agua tu sed* (2001), *Hilos de voz* (2004), *Aunque no te siga* (2008), *Días* (2011) y *Pequeña luz* (2014).